



SENSIBILIDAD POSCOLONIAL, América Latina y entorno neoliberal

Román de la Campa¹

La mirada poscolonial remite a un amplio acervo de temporalidades y nociones teóricas de gran alcance epistémico cuyo potencial no siempre es realizado, ya sea porque después de dos décadas ya cuenta con un éxito considerable que disgrega su especificidad o por la sospecha que siempre aguarda a los paradigmas consagrados por la academia. Al igual que otros acercamientos circundantes-- posmodernidad y estudios culturales, por ejemplo--sus condiciones de posibilidad--una pluralidad dinámica pero conflictiva-- tampoco está exenta del empuje del mercado ni del amarre ideológico. Mi propósito en este ensayo será explorar la cartografía móvil del imaginario teórico conocido como poscolonial-- u otros nombres relacionados--tomando en cuenta instancias de aplicación en la esfera latinoamericana. Desde su inicio--digamos los ochenta, si se parte de la obra de Edward Said--el vocablo “poscolonial” introduce un nuevo giro a la morfología de discursos actuales. En su forma más inmediata invoca el período posterior a las independencias del siglo veinte en tanto épocas que pretendían haber marcado el fin del dominio colonial o neocolonial. Descubrir esa pretensión es su propósito inicial, abordando la lógica colonial que persiste no sólo en los espacios nacionales que permanecieron bajo un orden colonial decimonónico, Puerto Rico sería un ejemplo, o los que no lograron la independencia hasta la primera mitad del siglo veinte, piénsese en la India o Jamaica, sino también después de las independencias, en cuyo caso todas las naciones serían abordables. La poscolonialidad, en ese sentido, perdura como parte integral de la actualidad, así abrió su camino en nuestro vocabulario, sobre

¹ Román de la Campa é Professor e Presidente do departamento de línguas e literaturas hispânicas na Universidade da Pensilvânia.

todo en el mundo anglófono, con tanta o mas intensidad que el constructo posmoderno, en sí muy favorecido durante la decada de los ochenta y principios de los noventa.

No es difícil conjeturar varias causas para el surgimiento del giro poscolonial. Una de ellas corresponde al archivo creciente de historia reprimida desde el llamado “descubrimiento de América”, entre otras instancias, que de pronto se abre y manifiesta, a veces con gran ironía. Después de siglos de rechazo o acomodados inciertos, las disciplinas académicas reconocen que el colonialismo, o la lógica colonial, persiste en muchas formas, no sólo en estados nacionales tapizados por relatos republicanos fallidos o truncos, si no tal vez en todas partes, inclusive en zonas modelos del “desarrollo” como Estados Unidos, cuyas minorías internas también configuran una huella colonial. Durante el apogeo del pensamiento posmoderno se repetía con cierta frecuencia en América Latina aquel reproche que decía: “¿cómo vamos a hablar de la posmodernidad si todavía no somos modernos”. La poscolonialidad tropieza con sospechas análogas, pero resulta más azaroso alegar que no se puede hablar de ella porque todavía somos, o no somos, colonia. Estas ironías disciplinarias van cobrando valor para muchos intelectuales académicos, sobre todo las nuevas generaciones que se encuentran sin telos político en un momento de sosiego general. Otra explicación quizá corresponda a la nostalgia por nuevas formas de periodización histórica, ya que lo poscolonial promete un sentido del tiempo comunitario prácticamente vedado por el sincronismo mundial de la globalización, ese imaginario que absorbe radicalmente todas las temporalidades, restándoles especificidad y derecho a reclamos. Si bien el poscolonialismo busca suplantarse el concepto “tercer mundo” con un giro derivado de los discursos “pos”, al mismo tiempo reclama, o al menos alude, a la historicidad inherente a la raíz “colonia.” Como tal, nos exige pensar en la tensión epistémica de un espacio retórico abandonado pero no vaciado. En tal caso sugiere una réplica tácita a la premisa de que el telos globalizante, definido exclusivamente por la fuerza del mercado neoliberal, pueda por su propia cuenta reparar las desigualdades históricas del planeta o a augurar el fin de la historia y la ideología sin retornar a los espacios olvidados durante la modernidad.

Podría decirse entonces que la sensibilidad poscolonial abre una nueva puerta al pensamiento que antes se dedicaba a estudiar la periferia, aunque también persisten capas de contradicción conceptual que exigen mayor atención. Entre ellas la más importante sería la premisa del “fracaso intrínseco” que se le otorga a las naciones truncas o en crisis en contraposición con las de mayor

estabilidad, puesto que el apelativo “poscolonial” suele operar como categoría de naciones que no alcanzaron el modelo occidental de modernidad en un momento que ya no alberga soluciones nacionales a los problemas estatales. En ese sentido, lo poscolonial exige pensar la nación desde la “imposibilidad” o “negatividad epistémica”, lo cual conlleva también a grandes complejidades, tanto en el terreno teoría política como cultural, puesto que ya no sólo implica una historia colonial desatendida sino también un futuro sin telos debido a la globalización neoliberal. Pero también podría decirse que la mera confección del paradigma poscolonial denota una suerte de desgaste semántico en que las formaciones históricas “colonial” y “neocolonial”, así como sus críticas correspondientes, han perdido todo valor y especificidad en tanto categorías con sus respectivas historias. Lo mismo podría decirse del imperialismo y su debido análisis, muchas veces obviado por el examen de causas internas que aporta la mirada poscolonial, es decir, una preocupación que da prioridad al dominio de las élites locales y sus fracasos nacionales, por encima de cualquier causa externa de poder o hegemonía internacional.

En América Latina, todo ello exige articulaciones difíciles de aprehender puesto que cada período ha dejado una marca indeleble en una cartografía que abarca más de veinte países y diversas agrupaciones culturales bien diferenciadas, cada una con sus respectivos modos de hibridación. Lo cual no niega que la lógica colonial haya dejado huellas profundas en América Latina a lo largo de todos estos períodos históricos, como bien señaló hace casi tres décadas el renombrado crítico Angel Rama en su conocida obra *La ciudad letrada* (1984). De hecho se podría trazar el tema desde mucho antes, si se toma en cuenta la esfera de pseudo repúblicas latinoamericanas que José Martí esbozó a fines del siglo XIX en su ensayo clásico “Nuestra América”. En ese sentido, la región parece tan madura para la crítica poscolonial como la agrupación de naciones del imperio (Commonwealth) británico. La cuestión, por tanto, no es si lo poscolonial se puede aplicar a América Latina en algún sentido metafórico general, sino más bien si el término puede sostener la rica y variada historia colonial y moderna de ésta sin implosionar, o borrar más de lo que descubre.

Las analogías con la tradición colonial británica, por otra parte, no siempre toman en cuenta que la historia poscolonial latinoamericana antecede al fin del Commonwealth por más de un siglo, e incluye un legado de crítica anticolonial articulado por un amplio archivo de discursos políticos y artísticos. Se hace inmediatamente claro, por lo tanto, que ambas temporalidades, la anglosajona y la

latinoamericana, si bien comparten una lógica general digna de estudio poscolonial, también parecen altamente inconmensurables. No obstante, importa hacer incapié en el hecho de que el análisis del imaginario colonial inglés preservado en sus colonias tardías, en particular la India y Palestina, desafió profundamente el orden disciplinario del saber cultivado en Inglaterra y Estados Unidos, como bien han mostrado Edward Said, Homi Bhabha y Gayatrik Spivak desde enfoques muy diferentes. Lo que se conoce como lengua, literatura y cultura inglesa se transformó considerablemente por estas conocidas figuras, las cuales constituyen el eje teórico inicial del poscolonialismo por su lúcida desconstrucción de los vínculos filosóficos y literarios entre la modernidad y la colonialidad angloamericana. Lo hicieron con un nuevo estilo de prosa inglesa que aboradaba modos post-estructuralistas de crítica imbuídos por ejes tercermundistas de aplicación, con más matices culturales que el marxismo tradicional y mayor apelación política que el posmodernismo.

Con diversos grados de éxito y especificidad, estos autores también llevaron el tema de la diáspora al centro del quehacer teórico, ampliándolo para constituir una reflexión sobre el tránsito posnacional de migraciones y de saberes, al mismo tiempo que rehuían postular su otredad como locus de enunciación que garantizaba una verdad esencial. En ese sentido su obra ha sido una especie de herejía difícil de explicar: aunque fueron celebrados por ciertos sectores de la academia norteamericana porque nutrían el encuentro del idioma inglés con la alta teoría francesa, buscaban al mismo tiempo diseminar las aporías de ese paradigma mostrando el modo en que la historia y el lenguaje colonial marcaban y dejaban huellas en las formas de pensar metropolitanas (Inglaterra y Estados Unidos). Mas recientemente, durante los noventa, el énfasis de la poscolonialidad ha pasado de la transgresión teórica como tal al estudio de comunidades subalternas, sobre todo a partir de la obra de Ranahit Guha en torno a la India, acentuando en particular la función de sus élites en la formulación de proyectos nacionales. Este cambio también ha inspirado varias corrientes de críticas poscoloniales, pero la impronta de los tres pioneros de la diáspora de colonias británicas sigue influyendo la empresa poscolonial, tanto de partidarios como de críticos que se interesan más en la especificidad historicista que el alcance teórico postestructural.

En cuanto al pensamiento latinoamericanista, el giro poscolonial comienza a manifestarse a comienzos de los noventa. Hay toda una gama de fuentes que exigen atención, sobre todo si se toma en cuenta el archivo de estudios coloniales latinoamericanos, sobre todo en las ramas del pensamiento humanístico. Pero se

puede destacar entre sus practicantes actuales una articulación que exige atención por la ambición de su apuesta y por la relación que sostienen con legados teóricos en pos de nuevos horizontes, entre ellos el marxismo. Esta sería la “colonialidad del poder”, cuyo énfasis fundamental ha sido el pensamiento autóctono de América Latina. Podría decirse que el proyecto funde vertientes conocidas desde los sesenta o antes --teoría de la dependencia, teología de la liberación y cierta diacronía lingüística--, reorientadas ahora dinámicamente por las coordenadas de la globalización. Más específicamente, se trata de una apuesta que congrega la sociología de Aníbal Quijano, la diacronía antropológica de Walter Mignolo y la reflexión teológica de Enrique Dussel, todo ello en gran medida cartografiado por los sistemas mundiales que informan el pensamiento marxista de Immanuel Wallerstein y el nuevo espíritu de cambio político en el área andina. Entre ellos el término poscolonial ha sido reemplazado, aunque ése podría ser el código en que circula.

Importa acentuar que la colonialidad del poder no descansa sobre de la economía como tal, y menos sobre la literatura o la cultura contemporánea, sino sobre el devenir de la episteme racial gestada durante el legado colonial latinoamericano.² Con ello busca no sólo, o no tanto, una relectura de la historia latinoamericana sino más bien una línea de investigación inapelable para cuestionar la modernidad europea, un recuerdo lejano de impulsos anti-imperialistas actualizados ahora como proyecto de ambición y utilidad global, que a su vez permite acercarse puntualmente a conflictos étnicos, choques civilizatorios y desgastes de soberanías nacionales en diversas partes del mundo actual.³ La colonialidad, así entendida, descansa todavía sobre un eje de “última

² Nótese por ejemplo la lectura que forja Walter Mignolo de algunas propuestas de Roberto Fernández Retamar. Una gira en torno a la noción de “occidentalismo”, que permite cartografiar la modernidad de otra forma, la otra tiene que ver con el personaje Calibán, que Fernández Retamar llama mestizo sólo como metáfora de un futuro proletario latinoamericano. Ambas son vistas como aportes originales pero superados. La colonialidad los rescata siempre y cuando se desfaza el énfasis sobre la clase social por una definición estrictamente étnico-racial de ambos términos. “Postoccidentalismo: el argumento desde América Latina,” en *Teorías sin disciplina (latinoamericanismo, poscolonialidad y globalización en debate)*. Santiago Castro-Gómez y Eduardo Mendieta, editores. México: Miguel Ángel Porrúa, 1998.

³ El énfasis creciente sobre el alcance global de la colonialidad se atisba en el último título de Walter Mignolo, *The Darker Side of Western Modernity: Global Futures, Decolonial Options (Latin America Otherwise)*. Duke University Press, 2011.

instancia”--si acaso un indicio de la metodología que hereda--pero ya no la constata sobre la base económica como tal sino en el modo en que la racialización surge en la modernidad temprana como parte integral de la economía y luego como piedra de sostén filosófico para toda la modernidad posterior.⁴

Vale preguntarse cuál sería el alcance de este paradigma—“opción descolonial” es otro de sus nombres—sobre la esfera de estudios literarios y culturales usualmente centrados en épocas contemporáneas y sincronías textuales, algo que mucho preocupaba a la poscolonialidad anglosajona. Una respuesta posible sería que al repensar la colonia se rescata un residuo de contenidos políticos que se había perdido o diluido con las teorías de la posmodernidad y los golpes políticos sufridos por la izquierda, primero dictaduras y luego globalización. Junto a ello va también un sentido de duda, o cansancio, ante la teoría post-estructural, y sobre todo un nuevo interés en la historicidad. Pero su influencia cobra mayor relieve si se toma en cuenta un aspecto que se hace más evidente a finales de los noventa: que el episteme de la raza, atenazado por siglos, se exterioriza hoy, de pronto, en gran medida debido a la radicalidad del *telos* globalizante. El orden neoliberal urge aperturas hacia grupos raciales excluidos porque logra entrever nuevos mercados que fusionan cada vez más la política y el consumo. Por otra parte, la tercerización del mercado de trabajo y las crecientes migraciones, legales e ilegales, desorientan y desbordan la ecuación nacional abriendo políticas que permiten reafirmar comunidades históricamente reprimidas.

El discurso de la colonialidad, en ese sentido, entronca de un modo muy particular con la estructura del capitalismo global, puesto que la universalidad del sujeto ya no pasa exclusivamente por el discurso de la nación, o por una definición singular de la misma, y la racialización, parte integral del Estado nacional moderno, de pronto llega a presentar un obstáculo para el despliegue continuo de mercados.⁵ Ante esta coyuntura el academicismo liberal tantea un acomodo inquieto, un “no negar pero tampoco esencializar” el tema racial, lo cual

⁴ Uno de los planteamientos centrales de Aníbal Quijano, elaborado en múltiples ensayos, sería entender la raza como el eje económico olvidado por el economicismo marxista. Quijano, Aníbal. “The Colonial Nature of Power and Latin America’s Cultural Experience,” en *Sociology in Latin America*, Ed. R. Briceño and H. R. Sontag. Caracas. 1998. 27-38.

⁵ Esta es la noción que trabaja Slavoj Žižek en su ensayo, “Multiculturalism, or, the Cultural Logic of Multinational Capitalism”, *New Left Review*, 1/225, September-October 1997.

implica, en su definición latino-americanista, repasar o reconsiderar las síntesis nacionales modernas de la primera mitad del siglo veinte. No es obvio, sin embargo, que esta salida responda consecuentemente a los retos actuales entre Estados y culturas nacionales. Obviamente, el racismo como tal persiste, y a veces se agudiza ante la histeria que provoca la incertidumbre, pero su engranaje ideológico se ha vuelto más contradictorio, abriéndose a discursos como la colonialidad, una indagación que parte de la historia de América Latina, con énfasis en ciertas regiones de mayor población indígena, pero que al mismo tiempo se proyecta sobre todo el continente y de hecho el mundo, dada la importancia del episteme racial.

Se podría postular también, por otra parte, que la inspiración histórica, antropológica y sociológica que impulsa la colonialidad latinoamericanista en gran medida desplaza el análisis detenido de la hechura verbal que caracteriza el estudio de la modernidad literaria.⁶ Obviamente este es un paso difícil y debatible que refleja la ambición de establecer un modelo alternativo para las humanidades, una matriz más organizada por la modernidad temprana que por la ilustración. Su punto de partida sería la racialización fraguada en los siglos XV, XVI y XVII por el protagonismo hispánico y su encuentro con el mundo precolombino, una gestación dirigida a cuestionar el eje humanístico de la modernidad industrial posibilitada por las tradiciones alemanas, francesas e inglesas.⁷ En cuanto a las culturas, literaturas y políticas latinoamericanas, en gran medida fundamentadas por esa segunda modernidad europea, la colonialidad convoca entonces una

⁶ Importa distinguir aquí el campo que estudia la literatura colonial, una instancia disciplinaria distinta que mantiene una relación consonante entre la historia colonial y la textualidad contemporánea. Una muestra sería la obra de Rolena Adorno. Ver, por ejemplo, *The Polemics of Possession in Spanish American Narrative*. New Haven: Yale University Press, 2007.

⁷ Importa detenerse ante la duda que ofrece Santiago Castro-Gómez, un practicante de la teoría de la colonialidad, al decir que “la tesis de que el racismo es un fenómeno que se origina en el siglo XVI con el surgimiento de la economía-mundo y que *esa misma lógica* se reproduce luego en todas las diferentes formas de racismo hasta el día de hoy, es el argumento típico de una teoría jerárquica del poder”. El autor concluye que pensar el sistema-mundo de tal modo implica dotarlo de “poderes mágicos, invistiéndolo de un carácter sagrado.” “Michel Foucault: colonialismo y geopolítica”. En: Ileana Rodríguez y Josebe Martínez (eds.). *Estudios transatlánticos poscoloniales. Narrativas comando / sistemas mundo: colonialidad / modernidad*. Editorial Anthropos, Barcelona, 2010.

relectura de la modernidad latinoamericana que permita traslucir la falsedad criolla que los discursos de la transculturación, entre otros, aplazaban, disimulaban o creían superar en nombre de la nación. El mundo indígena y su huella hispánica --lenguas, culturas, pensamiento y gnoseología-- cobra entonces un relieve renovador en dos dimensiones temporales, una centralidad que por un lado cuestiona y relee el metarrelato moderno latinoamericano ---fallido para muchos-- y por el otro entiende la etnicidad como nuevo entorno de la universalidad, una reconfiguración de imaginarios que se abre desde el nuevo *telos* globalizante menos comprometido con el anclaje nacional hegemónico.⁸

Otra forma de abordar la poscolonialidad latinoamericanista sería a través de la *deconstrucción*, un enfoque inverso pero altamente relevante en lo que respecta a la subalternidad y su relación con lo poscolonial. Este ha sido precisamente el cruce teórico que Spivak, Bhabha y el propio Said mantienen en sus respectivos proyectos poscoloniales. Si se buscan cauces precursores del pensamiento deconstruccionista en América Latina, antes del auge poscolonial, se podría partir de figuras como Irlemar Chiampi, Josefina Ludmer, Silviano Santiago, Antonio Cornejo Polar y Ángel Rama, entre otros. De ahí surge una crítica literaria de vanguardia inmersa en la filosofía y el lenguaje de la alta modernidad, todo un acervo que eventualmente sedimenta el trabajo de la deconstrucción que comparte el orden letrado latinoamericano. Lo mismo podría decirse de la literatura en sí, con figuras como las de Borges, Paz, Lezama Lima, entre otras, un acervo de gran innovación que en gran medida condiciona el surgimiento de este paradigma, a veces como celebración, a veces como desaprobación, puesto que la relación entre literatura y deconstrucción se vuelve mucho más inquieta después de los ochenta. Obviamente, su eje filosófico más profundo remite a la obra de Jacques Derrida, pero en su fase inicial latinoamericana se destaca también la presencia de Paul de Man y Michel Foucault, como bien se observa en textos fundacionales del campo,

⁸ El predominio de este paradigma en otras disciplinas se puede observar muy particularmente en los estudios de la latinidad norteamericana. Ver, por ejemplo, el reciente libro de José David Saldívar, conocido crítico de literatura chicana. *Trans-Americanity*, Durham: DukeUniversityPress, 2012. También se observa en una nueva vertiente de estudios étnicos que aborda sociología, filosofía y teología al mismo tiempo. Véase por ejemplo en *Against War: Views from the Underside of Modernity*, de Nelson Maldonado-Torres. Durham: Duke University Press, 2008.

entre ellos *Mito y Archivo* de Roberto González Echevarría y *Desencuentros de la Modernidad en América Latina*, de Julio Ramos.

Hay otros momentos y variantes importantes, entre ellos la obra de Nelly Richard, articulada desde la metrópolis latinoamericana, un abordaje de las artes y el feminismo en modos altamente originales.⁹ Visto en conjunto, se trata de un paradigma que se propuso inicialmente renovar el objeto de estudio de la literatura, dejando atrás la plenitud o presencia del sujeto trascendental en pos de una operación que instaura el exceso y “la aporía” como eje del saber, placer y hasta el deber, toda una ética que preservaba, y a veces exigía, lecturas muy atentas a los matices más creativos de la hechura verbal. Su impacto sobre el campo de estudios literario y cultural no se puede subestimar, sobre todo en la época del énfasis textual, digamos de los sesenta a finales de los ochenta. En ese sentido, sus métodos y presupuestos permiten un contraste esclarecedor con la disposición más inclinada a contenidos históricos de la colonialidad, aunque también comparten paralelos. Actualmente ensayada por investigadores como Alberto Moreiras, Brett Levinson e Idelber Avelar, entre otros, la deconstrucción se desplaza del anclaje literario hacia la teoría política en pos de un análisis más centrado en el Estado latinoamericano y los discursos nacionales que lo sostienen. Con la salvedad de algunos autores, Borges en particular, entiende la tradición literaria—creación y crítica-- como una estética compensatoria de identidades criollas que los grandes textos del *boom* monumentalizaron. Aquí, podría decirse, surge un marco de afinidad con la colonialidad, en dos aspectos que vinculan pero exigen aclaración entre los dos paradigmas: la noción del criollismo, la cual contiene una huella racial inevitable, y la idea de literatura moderna como ideología o conciencia falsa atesorada por esa clase social latinoamericana, cuyo propio anclaje racial nunca queda completamente claro.

Resulta aleccionador, en ese sentido, seguirle la pista a la temática racial que contiene la subalternidad latinoamericana durante las últimas dos décadas, término que parte de un cuestionamiento de las políticas del criollismo letrado desde el XIX pero que finalmente busca un cuestionamiento más profundo de la

⁹Ver por ejemplo, *La insubordinación de los signos*, entre varias elaboraciones importantes de la deconstrucción metropolitana chilena de Nelly Richard. Santiago de Chile: Editorial Cuarto Propio, 1994.

modernidad y su anclaje nacional en la era neoliberal.¹⁰ Como vimos anteriormente, la colonialidad reclama este momento para organizar un examen de los vínculos entre la colonia latinoamericana y la modernidad europea partiendo de la historia racial latinoamericana, sobre todo en los países de mayor concentración amerindia. Ese sería el referente preciso de esa subalternidad, una mirada que promete no sólo desmontar discursos de la transculturación en torno a la hibridez y el mestizaje, sino desentrañar de una vez por todas el eje racial que sostiene la modernidad europea desde su inicio. La deconstrucción, por su parte, comparte la sospecha profunda hacia el gesto transculturador que organiza el Estado liberal latinoamericano pero se resiste a concebir la subalternidad, al igual que el análisis más profundo de la modernidad europea, desde referentes históricos definibles como identidades raciales, nacionales o regionales. Su mirada, una vigilancia minuciosa también, responde más al exceso o residuo que toda subjetividad esconde al pretender centralizarse como eje singular de la historia.

Esta subalternidad, la que se inspira en la deconstrucción, por ende, no tiene referente estable pero tampoco es una abstracción relativa, de manera que los grupos reprimidos históricamente, entre ellos ciertas razas, proveen ejemplos ineludibles pero no exentos de su propio exceso. Observa que todo planteamiento anclado en la identidad exige cuestionamiento, cuando no rechazo.¹¹ Sin embargo, al acercarse a la formación del estado a través de su literatura y otros textos fundacionales, la deconstrucción entrevé que el criollo latinoamericano compone un legado cultural más determinante que ningún otro, y por ello alude

¹⁰ El libro de Ileana Rodríguez, *Liberalism at its Limits. Crime and Terror in the Latin American Cultural Text*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 2009, combina acercamientos de la subalternidad latinoamericana (eje histórico de la racialización y valoración de los textos culturales de Rigoberta Menchú) con momentos cercanos a la deconstrucción del Estado actual latinoamericano (noción del estado fallido o estado criminal).

¹¹ Importa señalar que la deconstrucción sin duda provee una crítica importante ante la identidad nacional o cultural pero también es capaz de verla solamente como una ideología inservible, lo cual deviene en cierto esquematismo de origen marxista. Hay excepciones, sin embargo que permiten otra lectura de la identidad cultural que acopla la deconstrucción de otra forma. En ese renglón, el aporte de Stuart Hall sobresale. Ver, "Cultural Identity and Diaspora," en *Colonial Discourse and Post-colonial Theory: a Reader*. Ed. Patrick Williams and Laura Chrisman. London: Harvester Wheatsheaf, 1994.

directamente al entorno étnico-racial inherente a esa identidad. Es sin embargo un paso provisional que eventualmente debe desfasar, a veces sin haber aclarado su entrada inicial al mismo.¹² En otras palabras, la deconstrucción no se afianza, como la colonialidad, en *locus* de enunciación originario que encauza *la episteme* de la racialización capitalista a partir del siglo XV, pero intuye o sospecha el valor de esa indagación como instancia que problematiza la gestión criollizante posterior que organiza la historia los Estados latinoamericanos. Esa formación--América Latina y sus Estados nacionales--es a fin de cuentas la preocupación actual de la deconstrucción, ya sean sus instancias liberales, dictatoriales o revolucionarias. Las tres confirman un conjunto, a veces una totalidad, sedimentada sobre todo en la textualidad literaria y su estudio, es decir, el latinoamericanismo que en gran medida consagra la nación desde la estética.

Debe notarse, por ende, que más que una periodización esta lectura del Estado latinoamericano conlleva también una teleología del fracaso: los proyectos de modernización liberales o revolucionarios de los siglos XIX y XX desembocan en las dictaduras, transiciones y períodos especiales subsiguientes, todo ello visto desde un trasfondo estético monumentalizado por el modernismo, la novela de la tierra, la ensayística de identidad nacional, el *boom*, el testimonio y otros discursos de compensación estética. El arribo del mercado neoliberal y su nueva lógica en vísperas del siglo XXI corresponde entonces al momento en que se cierra el ciclo del error para entrar en una temporalidad menos definible, sin duda preocupante, pero en todo caso abierta a otras posibilidades. Lo que quede el objeto de estudio que emerja entonces, no será un despliegue de nuevos proyectos nacionales en la era neoliberal, o nuevas formas de cultura que devengan los mismos, sino el trauma, el recuerdo inconsolable del legado de experiencias fracasadas que de algún modo se siguen manifestando como residuo de la teleología del fracaso, o fronteras post-nacionales que dejen de una vez el vínculo entre literatura y teoría para acercarse más de lleno a la relación entre filosofía y

¹²Este sería el paso entre la segunda y la tercera vertiente del latino-americanismo que Alberto Moreiras traza en su libro *Tercer Espacio*. Santiago de Chile, Ediciones LOM, 1999.

teoría política, un paso necesario para atender nociones como el estado de excepción o la ingobernabilidad que se abren desde el orden global.¹³

Se sabe que la tensión entre teoría, cultura y política contemporánea incumbe a los acercamientos y paradigmas poscoloniales aquí tratados. Quizá sea más preciso decir que los acecha, puesto que la promesa del presente neoliberal viene simultáneamente velada por un futuro incierto y un pasado desconfiable. Uno de sus aspectos principales ha sido el acoplo del entorno tecno-mediático al saber humanístico, el reto de una cultura cuya fugacidad trastorna radicalmente el sentido del tiempo y el espacio. Esa apuesta, inicialmente teorizada por pensadores marxistas como Fredric Jameson y David Harvey, entre otros, intentaba cartografiar las repercusiones de la inmanencia llamada “lógica cultural del capitalismo tardío” aproximando así dos gestiones aparentemente disímiles: el interés de la poética marxista por el horizonte histórico de estructuras determinantes—que el nuevo imperio capital de pronto provee--y la posibilidad de diagnosticarla a partir de un rastreo más atento a la cultura y las hechuras verbales, lo cual remitía a los estudios literarios y la epistemología continental, una relación que ahora sólo persiste desde líneas de fuga. No obstante, este roce fundamental abrió múltiples entradas a los anclajes verbales, sexuales y raciales de esa nueva “lógica cultural” que los estudios culturales han atendido con gran énfasis en las imágenes visuales. También condujo a un examen más detenido del estado latinoamericano que aborda el estudio de la cultura y la política, a veces inspirado por el episteme étnico-racial de la colonialidad, a veces por la deconstrucción de las identidades que lo sostienen, a veces por derivaciones sui generis que ambos proyectos inspiran y a veces fusionan.¹⁴

Se intuía desde el 89, sino antes, que el fin de la guerra fría y sus modos de pensar el mundo presentaban desafíos inéditos. Hoy se indaga si el sentido de luto

¹³ Ver por ejemplo, Idelber Avelar, *Alegorías de la derrota* (Santiago de Chile: editorial Cuarto Propio 2000), el libro de Beasley Murray ya citado, o el texto de Gareth Williams, *The Mexican Exception*, NY: Palgrave, 2011.

¹⁴Un ejemplo notable sería la obra de John Beverley, en particular su acercamiento al testimonio latinoamericano, el cual se derivó primero de una lectura de instancias raciales desde la literatura, luego como discurso alternativo a la literatura y después, a veces, como una aversión ansiosa hacia todo el orden literario. Véase *Against Literature*, Minneapolis: University of Minnesota Press, 1993.

en torno al Estado liberal latinoamericano se debe al deseo de algo que vemos fallido a posteriori o a la inquietud tácita que nos provocan las acomodaciones que acuartela la univocidad del orden neoliberal en cuyo seno se encuentra un reordenamiento epistémico en torno a culturas negadas por la historia. Colonialidad del poder, cauces de la deconstrucción, estudios de género, afecto y cultura, entre otras propuestas, suplen canales inagotables de producción y circulación. Tal podría ser la característica fundamental del devenir latinoamericanista más reciente: acercarse a la profunda y fascinante indeterminación del momento actual desde verdades afianzadas por grandes temas-- razas, Estados, lenguaje, sexualidades, comunidades virtuales—una expansión de discursos paralelos en el campo latinoamericanista cuyos puntos de encuentro y desencuentro suelen pasar desatendidos. No obstante, o quizá por ello, importa indagar sobre los ejes principales o subyacentes que informa tal expansión, sus puntos de encuentro más profundos, sus lógicas de producción académica, no obstante las diferencias que aparecen en la superficie.

